

# **LA IMAGEN DEL CONQUISTADOR EN LA HISTORIOGRAFIA LIBERAL ESPAÑOLA: UN CUADRO DE LUCES Y SOMBRAS**

**PALMIRA VELEZ JIMENEZ**

## **RESUMEN**

Una característica singular de la historiografía española desde el siglo XIX ha sido, junto a la expresión nacionalista, la apelación a unos contenidos americanistas. Entre éstos merecieron atención preferente los relacionados con el complejo proceso de la Conquista y Colonización del Nuevo Continente. Con ambas categorías, personificadas o simbolizadas individual o colectivamente en los conquistadores y en lo que se llamó «la obra de España en América», la historiografía liberal anterior a la Guerra Civil pintaría un cuadro de luces y sombras de tinte nacionalista receptáculo, al mismo tiempo, de los diversos revisionismos de Ultramar.

El proceso fue largo y contribuyeron a su desarrollo tanto historiadores profesionales como ensayistas aficionados a la historia y literatos. Todos ellos recogieron la tradición cronística española *lato sensu*, que en general valoraba la Conquista y Colonización americanas en términos positivos, y los adaptaron a un americanismo cuyo fiel oscilaba entre ideas decadentistas y regeneracionistas, consecuencia de la pérdida del Imperio español. Los nombres de Bourne, Lummis, Blanco-Fonbona, Juderías o Ballesteros sobresalieron particularmente en la construcción de una historia narrativa de grandes personajes —el conquistador, el colonizador— que, en suma, no era sino símbolo del nacionalismo de la historiografía española del momento.

Tradicionalmente la figura del Conquistador español fue mitificada y exaltada por los «cronistas oficiales de Indias», en lo que sencillamente era obligación de su cargo, y por los historiadores primitivos, en ocasiones testigos y partes de algunas expediciones de descubrimiento y conquista capitaneadas por el Conquistador al que se glosaba. Dicha concepción pasaría a los historiadores profesionales apenas sin variaciones durante el proceso de surgimiento de la historiografía profesional, fundamentalmente durante los años de la Restauración, como respuesta o reacción ante el problema de la

Leyenda Negra, cuyo carácter antiespañol tuvo uno de sus grandes apoyos en el relato de las crueldades que habían llevado a cabo los Conquistadores españoles en las Indias recién descubiertas<sup>1</sup>.

La lucha contra esa perdurable Leyenda Negra fue consustancial al propio desarrollo de la historiografía liberal española, pero entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, coincidiendo con el debate intelectual regeneracionista y la polémica sobre la inferioridad de la «razas latinas» respecto a las «sajonas», la «lucha» contra la Leyenda Negra se llevaría a cabo con mayor empuje todavía. Se trataba de matizar la tan comentada Decadencia española y de mostrar el elevado nivel cultural alcanzado en el Siglo de Oro<sup>2</sup>; de demostrar —en lo referente a la colonización americana— que los Conquistadores no habían sido elementos de decadencia sino de vitalidad.

Sorprende, sin embargo, la escasez relativa numéricamente hablando de la producción bibliográfica específica acerca de los Conquistadores globalmente o de alguno en particular. La mayoría de las veces que se habla de ellos se hace en libros generales sobre la Colonización española o en trabajos escritos fuera de España, de divulgación o alta divulgación, de procedencia latina o norteamericana (hay que mencionar también su tratamiento divulgativo en sociedades americanistas culturales, la tesis doctoral de Cayetano Alcázar sobre Conquistadores y Virreyes, el curso de Ballesteros en la Universidad Central —aparte de su cátedra de «Historia de América»—, la lectura de ciertos discursos de entrada a la Real Academia de la Historia o la pronunciación de conferencias en el Ateneo que siquiera parcialmente abordaron este tema). La historiografía profesional generalmente aceptó aquellos libros como canales de difusión que, además, ayudaban a alimentar una opinión nacionalista, si bien no perdía ocasión de matizar sus pretensiones metodológicas y de pronunciarse sobre la calidad de sus fuentes.

Uno de los análisis más llamativos de género ensayístico llevó la firma de un político y escritor de temas históricos y literarios, el venezolano Rufino Blanco-Fombona (1874-1944), director de la madrileña Editorial América a comienzos de siglo. El título era ambicioso: *El conquistador español del siglo XVI, ensayo de interpretación* (1920)<sup>3</sup>. La segunda parte del mismo, a saber, «Los conquistadores», estaba diseñada para prologar uno de los volúmenes de documentos del Archivo General de Indias que el histo-

1. Una de las últimas contribuciones a este asunto es la de Ricardo García Cárcel: *La leyenda negra. Historia y opinión*. Madrid. Alianza, 1992, pp. 221-298 («La Leyenda Negra en América»).

2. Sobre las vicisitudes de la categoría de la «Decadencia española», vid. Gonzalo Pasamar Alzuria, «La configuración de la imagen de la «Decadencia española» en los siglos XIX y XX (de la «historia filosófica» a la historiografía profesional)», en *Revista de Historia Moderna. Manuscritos*, núm 11, enero de 1993, pp. 183-214.

3. Rufino Blanco-Fombona: *El conquistador español del siglo XVI. Ensayo de interpretación*. Mundo Latino. Imp. de Ramona Velasco, viuda de P. Pérez. Madrid, 1920. Dedicado al diputado republicano por Barcelona, Gabriel Alomar.

riador y diplomático argentino Roberto Levillier estaba, a la sazón, ofreciendo al Congreso argentino. La parte primera del volumen, «Caracteres de España» —cuya Introducción publicó Luis Araquistáin en la revista *España*—, encaraba polémicamente la contextualización del guerrero ultramarino. En ambas, el autor, que se declaraba partidario de los historiadores del XIX, desde Mommsen a Renan, pretendía expresamente «esclarecer fenómenos sociales», plasmación de su filosofía darwiniana<sup>4</sup>.

Fombona dibujaba la Conquista como un gran telón brillante tras el que se ocultaban miserias e incompetencias; y a los Conquistadores como hijos de su época apegados a sus intereses particulares más que a consideraciones religiosas o humanitarias. Reconocía la corriente de opinión favorable a los héroes de la Conquista en cuyo lanzamiento tuvieron mucho que ver escritores y sociedades americanas del momento, especialmente estadounidenses, pero la aceptaba sólo como referencia de lo que sus «modernos conquistadores» perseguían cuatro siglos después de los conquistadores españoles. Por esa razón, Fombona denunciaba la «dulce quimera» en que caían algunos ensayistas españoles. Entre otros, José María Salaverría, redactor del ABC, en *Los conquistadores. El origen heroico de América* (1918), comparando a aquéllos con los hermanos de la Santa de Avdas.

Blanco Fombona, por su parte, presentaba un Conquistador en términos regeneracionistas bajo el prisma de algunos tópicos radicalizados de la «psicología nacional», subrayando simultáneamente caracteres en su opinión conscientemente inadvertidos o premeditadamente olvidados por «ignorancia, superficialidad o mala conciencia». Como hijo de su tiempo, el Conquistador fomboniano era ignorante, antifilosófico, cruel, sin sentido histórico, el último cruzado aliado del Catolicismo, presa de la sed del oro, de la ambición de mando y del anhelo de ejercer autoridad o sencillamente de guerrear. En suma, arquetipos darwinianos de la raza, de una «raza latina» esencialmente diferente a la «raza sajona», alimentada a la sazón por el debate sobre la superioridad de ésta sobre aquella y, en parte, por la literatura histórica «noventayochista» y su particular visión de las tierras castellanas (recuérdese el unamuniano *En torno al casticismo*, por ejemplo) o una de las grandes zonas de emigración indiana.

El Conquistador, al cabo, no era sino un aventurero, lo mismo que la Conquista había sido una Aventura; un pobre diablo «carne de sacrificio y de cañón», semejante —en otra medida— al emigrante del siglo XIX, des-

4. Sobre el darwinismo social de Blanco-Fombona, vid. Daisy la Rosa E.: *Aproximación a la comprensión histórica de Rufino Blanco-Fombona*. Centro de Investigaciones Históricas. Universidad de Santa María de Caracas, 1986, p. 9.

5. José María Salaverría: *Los conquistadores. El origen heroico de América*. Madrid. Imp. de Caro Reggio, 1918. Hernán Cortés aparecía tipificado como «conquistador brillante», y Francisco Pizarro como «conquistador taciturno» (respectivamente, caps. III y IV). La comparación que critica Fombona, en p. 23 de *El conquistador*, o.c.

valido y audaz a un tiempo <sup>6</sup>. Pero ese mismo Conquistador encarnaba colectivamente el gobierno de los humildes, la «obra heroica del pueblo» antes de que los «hombres de alcurnia» y los agentes Reales se ocuparan de la administración de los territorios conquistados. En sus propias palabras:

«El conquistador primitivo representa en América la democracia, el espíritu liberal de la antigua Castilla contra la absorbente autocracia austriaca, y el primer alboroto, los primeros síntomas de la emancipación de América contra la coacción de la Metrópoli y de sus agentes ultramarinos» <sup>7</sup>.

La interpretación «democrática» de los Conquistadores como «hombres del pueblo», que hizo fortuna entre la literatura de divulgación, fue una de las materias de la historia filosófica de consideraciones morales del siglo XIX que reprobó las crueldades de aquéllos, así como de la historiografía decimonónica de orientación democrática. El historiador liberal Modesto Lafuente en su monumental *Historia general de España* de mediados de siglo calificaba, por ejemplo, la de Cortés como «una de las mayores empresas que cuentan los anales del mundo» después de la de Colón, aunque el personaje mostrara acciones censurables; a Pizarro le afeaba, entre otras, su arbitrariedad en el reparto de tierras tras la conquista inca.

Emilio Castelar, por su parte, conocido republicano que enseñó «Historia crítica y filosófica de España» en la cátedra de la Universidad Central, se mostró colombinista convencido en su *Historia del Descubrimiento de América* (1892), aunque también alcanzó a tacharle al Almirante su codicia y su error al considerar el Descubrimiento como un mayorazgo y al Virreinato como una monarquía <sup>9</sup>. El caso más radical de vindicación democrática tendría lugar en nuestro siglo de forma efímera con la figura del conquistador vasco Lope de Aguirre. El historiador local Segundo de Ispizúa pretendió ver en él al promotor de la Independencia colonial; tesis arriesgada cuya debilidad científica se encargó de poner de manifiesto la historiografía académica profesional<sup>10</sup>.

Para la historiografía liberal española, que hacía coincidir el período de la Decadencia española con el dominio de los Austrias, y el de la recuperación nacional con el de los Borbones, la institución de las Cortes y

6. Rufino Blanco-Fombona: *El conquistador*, o. c. p. 195.

7. *Ibidem*, p. 198.

8. Modesto Lafuente: *Historia general de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Tomo XII. Parte Tercera. Edad Moderna. Dominación de la Casa de Austria. Libro 1. Reinado de Carlos I de España*. 1853. Cap. XVIII: «Méjico.— El Perú. Hernán Cortés.— Francisco Pizarro», pp. 5-55.

9. Emilio Castelar: *Historia del Descubrimiento de América*. Madrid. Sucs. de Rivadeneyra, 1892, 594 págs.

10. Emiliano Jos: *La expedición de Ursúa al Dorado, la Rebelión de Lope de Aguirre y el itinerario de los «Maratones», según los documentos del Archivo de Indias y varios manuscritos inéditos por ...* Extracto de su tesis doctoral agraciada con el premio extraordinario del doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras (Sección de Historia). Prólogo de Don Agustín Millares Carlo, catedrático de la Universidad Central. Huesca. Imp. V. Campo, 1927, 289 págs.

los Cabildos municipales eran argumentos favorables en América, tanto como en Castilla, para un pretendido gobierno contrario al absolutismo monárquico argumentos que justificaban o avalaban el recelo antiabsolutista de los liberales.

La «psicología nacional» era un útil auxiliar para los profesionales de la historia como Rafael Altamira, quien expresamente dedicaría un libro al asunto, pero con las garantías metodológicas pertinentes. En este sentido, el Conquistador de raíces regeneracionistas había sido un héroe, sin duda, pero no un eventurero dejado a la aventura por el Poder del que dependía, el de la Corona. Un Altamira intelectual, creador de opinión, historiador del derecho de formación krausopositivista y convencido de la importancia de la historia de las instituciones como reflejo de la vida social —no en vano la cátedra que regentó en la Central desde 1914 hasta la Guerra fue de «Historia de las instituciones políticas y civiles de América»— difícilmente podía admitir la privacidad de la Conquista bajo ningún concepto, lo mismo que no podía aceptarla la *Real Academia de la Historia*. Esta última corporación, cronista oficial de Indias, fue el máximo exponente de la cultura histórica burguesa en tiempos de la Restauración y cuna, precisamente, de la erudición americanista a través de su Comisión permanente de Indias<sup>11</sup>. Tampoco había sido siempre el Conquistador un ignorante o un iletrado: Pizarro había sido porquerizo en sus años mozos extremeños, pero Cortés, por ejemplo, sabía latín, había estudiado en las aulas de la Universidad de Salamanca y servido varios oficios administrativos antes de embarcar a Indias, por no hablar de la lista de «personas de dignidad» que le habían imitado. La época que vio nacer a muchos de ellos pudo ser la de la Decadencia, el abatimiento y la despoblación, pero también la de un florecimiento en las artes y en las letras.

Estas dos críticas afianzaron a la historiografía profesional en su necesidad de examinar la historia institucional e intelectual moderna española, especialmente la primera, que fue la que más interés suscitó entre los historiadores. La misma historiografía hubo de esforzarse por situar históricamente a los Conquistadores, y en general a todo el proceso de Colonización ultramarina, pero a menudo cayó en el anacronismo de comparar la «benévola» actuación colonial española en los siglos XVI, XVII y XVIII, de carácter precapitalista, con el absolutamente diferente colonialismo europeo del siglo XIX. El americanismo adquiriría entonces un valor sumamente polémico, legitimador de la acción «civilizadora» de todo un pueblo y de un buen gobierno ante la cultura europea de la que formaba parte.

En la «trampa del anacronismo histórico» incurriría el historiador mexicano Carlos Pereyra (1871-1942), profesor de «Sociología» en la Univer-

---

11. Palmira Vélez Jiménez: *La historiografía americanista liberal en España*. Tesis Doctoral. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Zaragoza (de próxima publicación).

sidad azteca hasta poco antes de su exilio en España en 1916. En nuestro país estuvo relativamente al margen de la vida académica y universitaria, pero fue un asiduo ateneísta y un divulgador cuyos manuales de historia se recomendaban en la Universidad Central, además de responsable de una de las secciones del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» en la postguerra. «Simpatizante» del socialismo y de Marx al llegar a España, pronto empezó a despuntar en sus obras una tendencia prohispanista, superadora de los prejuicios de su época positivista<sup>12</sup>. Tanto es así que desde los años veinte empezó a alcanzar bastante notoriedad y a convertirse en defensor de la «obra» de España en América —si bien no de manera incondicional, pues critica el sistema de las encomiendas sin ir más lejos.

La referida tendencia proespañola del publicista mexicano —colaborador durante varios años de la citada editorial América que dirigía en Madrid Blanco Fombona— se manifestó ya en su libro *La obra de España en América* (1920), pronto traducido al francés. Esa «obra», término muy utilizado en la época, sinónimo en este caso de «civilización» había sido no sólo obra guerrera, de explotación y conquista, sino también civilizadora gracias a la contribución de los lingüistas, etnógrafos, historiadores, metalúrgicos, artesanos, artistas, etc. Una argumentación parecida la desarrolló en las páginas de *La conquista de las rutas oceánicas* (1923), *Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo* (1920) y *Las huellas de los Conquistadores* (1929), es decir, vestigios de los que consideraba representantes del «elemento popular» de la nación. A los más conocidos les dedicó sendos libros: *Hernán Cortés y la epopeya de Anahuac*; *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*. Cristóbal Colón, en cambio, había sido un descubridor-conquistador excesivamente ensalzado por aquellos que pretendieron, según sus palabras, «explicar el movimiento social por la acción singular de ciertos grandes hombres», esto es, de «figuras solitarias sin antecedentes, sin auxiliares, sin posteridad. Se ha querido hacer de Colón un mártir, un adivino, un héroe: un santo entre malvados; un vidente rodeado de ciegos; un audaz en peligro de ser arrojado al mar por la confabulación de los cobardes. Todo esto es invención romántica —falsedad seudopoética— y en sus nueve décimas partes, propaganda antiespañola (...) Si el impulso hubiera sido una obra individual, el papel de España habría comenzado y acabado con Cristóbal Colón»<sup>13</sup>.

Decididamente, para Pereyra el conquistador casi fabuloso no había existido en las islas, y las conquistas «no fueron obra de la miseria deses-

12. Datos biográficos de Pereyra en *Gran Enciclopedia Ilustrada Europeo Americana*, España, tomo 44, p. 641; *Revista de Indias*, 9, julio-sept. 1942, pp. 579-583. El dato de su simpatía por la metodología del materialismo histórico, en Edberto Oscar Acevedo: *Carlos Pereyra, historiador de América*. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano Americanos. Sevilla, 1986, pp. 41-42, 85.

13. Carlos Pereyra: *La obra de España en América*, p. 119. Ed. mexicana de Porrúa de 1986, pp. 115 a 272, con prólogo de Silvio Zavala.

perada de aventureros famélicos», sino de civilización y de poblamiento. En esas condiciones los insulares no sólo tenían que desaparecer por opresión, sino por simple contacto con otra civilización. La negativa a la reproducción, los suicidios colectivos, la muerte de los esclavos por agotamiento y el factor luctuoso de las epidemias explicaban el llamativo despoblamiento indígena <sup>14</sup>. Novedad, aunque sólo relativa, respecto a cierta literatura deudora de la ya vieja idea de la holgazanería natural del indígena.

En el quinquenio 1920-1925 Pereyra publicaría los ocho volúmenes de la *Historia de la América española*, esencialmente divulgativa, en la que volvía a matizar la figura de Colón <sup>15</sup>: un «genio», pero también «un aventurero, un hombre sin otra patria que la de sus conveniencias», desestimando de paso a los eruditos peninsulares que pretendían demostrar su origen español, cuando lo verdaderamente importante y trascendente era la españolidad de toda la empresa colombina <sup>16</sup>.

La alabanza ponderada del genovés venía ya de antiguo. Una de las ocasiones en que se manifestó más abiertamente fue con ocasión de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América en 1892, especialmente a través de la pluma del académico comisionado de Indias Cesáreo Fernández Duro. Tal proceder dio lugar pasajeramente a la llamada «leyenda propinzonista» que, sin menguar las dotes marineras y los conocimientos náuticos del Descubridor, valoraba las de los hermanos Pinzón, sus colaboradores españoles más cercanos, y dudaba razonablemente de las dotes de mando y de gobierno de aquél. Lo que en absoluto aceptó, sin embargo, la historiografía profesional española, en nombre de la «verdad histórica», fue la pretensión de canonizar a Colón, tras la que estaba cierto núcleo eclesiástico francés cercano al conde Roselly de Lorgues<sup>17</sup>.

En otro aspecto, la valoración de la fuente histórica de Bartolomé de las Casas, fue, desde luego, el contrapunto al estereotipo del Conquistador. El dominico protector de los indios, gratamente evocado por los tratadistas postindependentistas americanos, Obispo de Chiapas pero también ex encomendero, fue objeto de un tratamiento ambiguo —paternalista y crítico a la vez— por parte de la historiografía liberal española. La valoración del fraile era negativa cuando se entraba al análisis de sus cifras exageradas de población y despoblamiento indígena; datos que, procedentes de una persona de su autoridad, habrían abonado la Leyenda Negra.

14. Carlos Pereyra: *Las huellas de los conquistadores*. Reed. Porrúa. México, 1986, p. 35.

15. Carlos Pereyra: *Historia de la América Española*. Madrid. Fortanet— Moderna— Zoila y Ascaribar, 1920-1925, 8 vols. Edit. Saturnino Calleja. I. *Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo*. II. *El Imperio Español*. III. *Méjico*. IV. *Las Repúblicas del Río de la Plata*. V. *Los países Antillanos y la América Central*. VI. *Colombia, Venezuela y Ecuador*. VII. *Perú y Bolivia*. VIII. *Chile*. El carácter vulgarizador, en p. 9 «Nota preliminar» del tomo I.

16. *Ibidem*, tomo I, p. 49

17. Salvador Bernabeu Albert: 1892: *El IV Centenario del Descubrimiento de América en España*. Madrid. CSIC. 1987, pp. 113 y ss. Una novelización de este asunto en Alejo Carpentier: *El arpa y la sombra*. Madrid. Siglo XXI, 1979, 2.a ed.

Se le valoraba positivamente, en cambio, precisamente por su celo religioso en la denuncia de la situación de los indios, de resultas que la española era la única entre las naciones colonizadoras en la Historia que había tenido un «Protector de los indígenas», circunstancia que hablaba a favor de la colonización española humanitaria y progresista ante todas las demás. Este argumento benefactor estaba avalado, al menos sobre el papel, con las *Leyes de Indias* y los fines evangelizadores de la Corona que las promulgara, pero también tras él quedaban inconscientemente acalladas actuaciones de conquistadores individuales.

El monje sevillano salía muy malparado del examen de su producción historiográfica, pero es destacable la valoración unánime humana y religiosa que se hacía de su persona. Así, la Comisión de Indias de la Academia de la Historia difícilmente podía encontrar el momento oportuno para la publicación del opúsculo lascasiano sobre la *Historia de la destrucción de las indias* en período todavía colonial, es decir, con anterioridad a 1898, teniendo al alcance, como tenía, otras fuentes igual de legítimas y mucho menos problemáticas: entre otras, la del insigne antecesor académico en el cargo de cronista de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, cuya *Historia natural y moral de las Indias* editaría el comisionado José Amador de los Ríos bajo el patrocinio de la Academia.

Los historiadores rebatieron al crítico de los conquistadores y colonizadores, si bien no cayeron en la teoría patológica posterior de Menéndez Pidal. El lascasiano Antonio María Fabié, hombre político de Cánovas, justificaría el proceder del religioso sevillano, como también el de los conquistadores, por la fuerza de los acontecimientos y del medio, comparándolos anacrónica y polémicamente en su disertación ateneísta conmemorativa del Centenario. José María Ots Capdequí, ex alumno de Altamira, y director en los años treinta del Centro de Estudios de Historia de América de la Universidad de Sevilla, atribuía piadosamente los errores de las Casas a sus muchos años y falta de memoria cuando los escribió, al igual que casi un siglo antes hiciera Modesto Lafuente; para el comisionado académico Jerónimo Bécker los datos lascasianos eran «inverosímiles muchos, exagerados casi todos los demás y notoriamente erróneos no pocos»: el jesuita Constantino Bayle, por su parte, le criticaba fogosamente su poco «cristianismo» con los españoles, a la vez que achacaba la comisión de abusos en el ejercicio del Patronato no a los Reyes, sino a los administradores, según una interpretación ampliamente extendida sobre las clases sociales del Antiguo Régimen. Manuel Serrano Sanz subrayaba su equivocada idealización paradisíaca de los naturales, en radical dicotomía con los «sanguinarios» conquistadores<sup>18</sup> Altamira, por último, ameri-

---

18. Respectivamente, Antonio María Fabié: *El P. Fr. Bartolomé de las Casas*. Conferencia leída el 25 de Abril de 1892. Madrid. Estab. Tip. «Sucs. de Rivadeneyra, 1892, 24 págs.; Modesto Lafuente: *o.c.*, Tomo IX. Parte Segunda. Libro IV, p. 486; Constantino Bayle: *España en Indias* (Vitoria, 1934) Madrid, 1944 (4.º ed., citamos por ésta), pp. 45-47.



canista preocupado por el *justo medio* en lo referente a la colonización española, loaba en Las Casas el «ardor de su generosa defensa de los indios», aunque hubiera aventurado cifras inexactas al tratar el choque contradictorio entre una legislación ideal y el estado de cosas real:

«En este orden de cuestiones, tan vitales para fundamentar en los tiempos presentes el juicio sobre toda la colonización, la española en América representa la eterna lucha entre los principios de humanidad y de derecho y el egoísmo de la mayoría de los hombres, lucha que continúa en nuestros días tanto en las ocupaciones de tierras pobladas por gente de civilización inferior y en la colonización con o sin conquista, como en las relaciones entre los asalariados y patronos. La singularidad de las clases directoras españolas para fines del siglo XV y de todas las que les sucedieron (...) consistió en levantarse espiritualmente sobre la idealidad común, proclamar ideas que la contradecían, tratar de imponerlas por medio de la legislación y luchar continuamente por el cumplimiento de ésta y por el castigo de las transgresiones a ella»<sup>19</sup>.

El mismo Altamira era quien recomendaba a sus alumnos y colegas la consulta de los archivos de protocolos, especialmente el de Sevilla por haber sido la capital andaluza durante mucho tiempo el único puerto de partida y regreso de las expediciones de descubrimiento, armadas y flotas comerciales. Aquél y no otro eran para el historiador alicantino el lugar donde ir a buscar noticias para, por ejemplo, «reconstruir puntos oscuros o controvertidos en las vidas de los grandes conquistadores...».

Una defensa sin reservas del dominico como fuente válida sobrevino con ocasión del XXVI Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Sevilla en 1935 bajo la presidencia de Gregorio Marañón. En dicho certamen el historiador revisionista argentino Rómulo D. Carbia, autor de una posterior *Historia de la leyenda negra hispanoamericana*, lanzó la tesis de la falsa atribución a Hernando Colón de la *Historia del Almirante*, planteamiento ya adelantado por el francés Henry Vignaud, pero que el argentino renovó pretendiendo que era una falsificación de Las Casas<sup>20</sup>.

La literatura de alta divulgación sobre la Conquista de América, que respondía a parecidos criterios nacionalistas que la historiografía profesional, pero que estaba escrita por gente ajena a las limitaciones metodológicas de la profesión, resultó bien acogida —con matices— por ésta. Por último, fue unánime la aceptación de los revisionismos extranjeros prohispanistas en las dos primeras décadas del siglo, especialmente del estadou-

19. Rafael Altamira: *Obras Completas. I. Serie Histórica. Historia de la civilización española*. Ed. de 1930. Madrid, CIAP (Compañía Ibero Americana de Publicaciones), pp. 200-201.

20. Refutación de Emiliano Jos, por ejemplo en «Supuestas falsificaciones del P. Las Casas en la Historia de Colón», *Revista de Occidente*, XXXI. Madrid, 1931; Ramón Ezquerro Abadía: «D. Rómulo D. Carbia», *Revista de Indias*, 18, oct.— dic. 1944 (necrológica), pp. 715-722.

nidense, en unos momentos de creciente interés universitario por lo hispano y de aumento de la enseñanza del español<sup>21</sup>.

Un nombre destacable en el último apartado fue el del historiador Charles Fletcher Lummis, autor en 1893 del varias veces reeditado *The Spanish Pioneers and the Californian Missions*, vertido al español en 1916 como *Los conquistadores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora en América*, con prólogo de Rafael Altamira, y también profusamente reeditado con anterioridad a la Guerra Civil. El libro, cuyo subtítulo resumía inequívocamente los contenidos, debió parte de su éxito a la labor difusora del traductor, Arturo Cuyás, publicista y filólogo barcelonés exiliado en Norteamérica, ex presidente de la Junta Patriótica Española y cofundador del Círculo «Colón-Cervantes» de Nueva York, así como a la del mecenas español de la costa Oeste Juan C. Cebrián<sup>22</sup>.

Además de «por la noble defensa y la justa y entusiástica loa que ha hecho de los héroes españoles que descubrieron y exploraron», que le valieron a Lummis el otorgamiento de la Encomienda de Isabel la Católica<sup>23</sup>, al historiador norteamericano se le valoró el españolismo de la Conquista y Civilización de América, moneda común entre los historiadores españoles a pesar del origen genovés de Colón (gran marino y Descubridor, pero pésimo administrador) y florentino de Vespuccio («insignificante aventurero» en la óptica de Lummis)<sup>24</sup>. Esa españolidad quedaba legitimada, además, por la creación de instituciones humanitarias y progresistas que el autor comparaba favorablemente con la colonización inglesa de su propio país:

«Los españoles no exterminaron ninguna nación aborigen —como exterminaron docenas de ellas nuestros antepasados— y, además, cada primera y necesaria lección sangrienta iba seguida de una educación y de cuidados humanitarios (...) (El Descubrimiento fue) en realidad, el gran principio de la libertad del hombre (...) la gran oportunidad para el pobre (...) El empeño de los exploradores españoles, en todas partes, fue educar, cristianizar y civilizar a los indígenas, a fin de hacerlos dignos ciudadanos de la nueva nación, en vez de eliminarlos de la faz de la tierra para poner en su lugar a los recién llegados, como por regla general ha sucedido en otras conquistas realizadas por algunas naciones europeas. De vez en cuando hubo individuos que cometieron errores y hasta crímenes, pero un gran fondo de sabiduría y humanidad caracteriza todo el generoso régimen de España»<sup>25</sup>.

21. Rafael Altamira adelantaba el dato de que entre diciembre de 1913 y abril de 1914 habían sido publicadas en Estados Unidos diecinueve tesis doctorales de tema español, doce de las cuales abrazaban temas de la vida colonial. *La huella de España en América*. Madrid. Reus (Biblioteca Histórica, I, 1924), p. 140.

22. Charles Fletcher Lummis: *El conquistador español del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora en América*. Versión española, con datos biográficos del autor, por Arturo Cuyás. Prólogo de Rafael Altamira. Barcelona. Araluce, 1916.

23. *Ibidem*. «Nota biográfica acerca del autor», en el Prólogo, pp. 7-11.

24. *Ibid.*, p. 39.

25. *Ibid.*, pp. 18-19, 44, 166.